

# La relación entre poeta y tirano en la Grecia arcaica

Montserrat JUFRESA  
y María Teresa FAU

Universitat de Barcelona  
*mjufresa@ub.edu*  
*mfau@ub.edu*

RESUMEN: Este artículo trata de la relación ambigua y compleja que se establece entre las figuras del poeta y del tirano en la Grecia arcaica. Ensalzado en algunas ocasiones por los poetas, pero objeto de sus críticas en la mayoría de casos, convertido casi siempre en un personaje odioso que no merece vivir en una comunidad civilizada, el tirano ejerce, no obstante, una fascinación poderosa a la que no es fácil sustraerse.

\* \* \*

ABSTRACT: This article analyzes the complex and ambiguous relation between the poet and the tyrant throughout the Archaic Greece. The tyrant is praised in some occasions by poets but mostly he is criticized by them, because he has become an odious character who does not deserves to live in the bosom of a civic community; the tyrant exercises, however, a fascination which can never be easily overcome.

PALABRAS CLAVE: Grecia arcaica, lírica, poeta, tirano.

RECEPCIÓN: 7 de noviembre de 2006.

ACEPTACIÓN: 21 de febrero de 2007.



## La relación entre poeta y tirano en la Grecia arcaica

Montserrat JUFRESA  
y María Teresa FAU

Poeta y tirano son dos figuras de especial relevancia en el contexto cultural griego, tanto en el plano de la realidad como en el simbólico. Sus actividades pueden aparecer como muy dispares, incluso enfrentadas en numerosas ocasiones, pero, extrañamente, en otros momentos, pueden llegar a coexistir y a compartir algunas características. Para tratar de adentrarnos en la comprensión de esta relación, nos proponemos señalar, primero, las afinidades y divergencias que ambos mantienen en su relación con los ámbitos del poder y de la sabiduría. En un segundo momento, trataremos de subrayar los rasgos personales y biográficos que acercan la figura del tirano a la del héroe, y que permiten que los poetas trágicos incorporen a este personaje en sus dramas, propiciando una reflexión sobre el poder. Así es como la ciudad de Atenas, un tiempo después de la muerte de Hippias e Hiparco, analizó la figura del tirano, representando en personajes como el Jerjes de Esquilo, o el Creón o el Edipo de Sófocles, la tragedia del poder sin control, que, al decir de los sabios, sólo engendra desolación y destrucción para quien lo detenta.

Veamos, pues, qué es un tirano, empezando por una sucinta aproximación histórica. Constatamos la existencia de la tiranía, según hace notar A. Andrewes,<sup>1</sup> en todos los períodos de la historia de Grecia, desde la época arcaica hasta el momento

---

<sup>1</sup> A. Andrewes, *The Greek Tyrants*, Londres, Hutchinson University Library, 1960<sup>3</sup>, p. 7.

en que los helenos empiezan a ser sometidos por Roma. El fenómeno es, por lo tanto, de muy larga duración, abarca etapas históricas diferentes y responde a condicionamientos sociopolíticos de distinto cariz.

En el período arcaico, la *polis* griega se encuentra sometida a fuertes tensiones. La aristocracia detenta un poder que se ve gradualmente cuestionado por sectores cada vez más amplios de la población, una población que va aumentando en número más allá de lo que las coordenadas socio-económicas permiten absorber. Por otra parte, una naciente “clase media”, compuesta por artesanos, agricultores, mercaderes, etcétera, relativamente próspera, empieza a adquirir protagonismo en un ámbito, el militar, que, hasta el momento, era patrimonio de la nobleza, dando origen a la formación de combate llamada falange hoplítica, los integrantes de la cual tienen un poder adquisitivo que les permite costearse el complejo equipo bélico que deberán utilizar en la batalla. Como era de esperar, aquellos que arriesgan la vida y dedican parte de su hacienda a la defensa de la *polis* no tardarán en reclamar con energía el ejercicio de unos derechos políticos que todavía les están vedados.

El deseo de una redistribución de la tierra, el clamor en pro de la abolición de las deudas que había contraído un amplio sector, cada vez más empobrecido, de la población y las quejas contra el monopolio aristocrático de la administración de justicia, forman parte, también, del convulso panorama de la *polis* arcaica. Durante un tiempo se recurre a una solución que puede ser calificada como válvula de escape y que consiste en enviar a un sector de la propia comunidad al exterior para fundar nuevas poblaciones. Es el fenómeno que se ha dado en llamar —tal vez algo inadecuadamente— colonización. Sin embargo, llega el momento en que las soluciones externas ya no son posibles o suficientes y la *polis* aparece abocada al desastre. Así las cosas, unos individuos ambiciosos aprovechan la oportunidad que les brinda la grave situación y se erigen en tiranos.

En un principio, el término tirano se aplica al hombre que ocupa el poder de una manera absoluta, al margen de las instituciones. Dicho sujeto puede presentarse como aquel que, en palabras de C. Mossé,<sup>2</sup> “prend appui sur le démos contre l’authorité établie”, y no hay duda de que, en muchas comunidades, su aparición era esperada por un gran número de personas. El vocablo, como es bien sabido, no tiene, por lo tanto, en sus orígenes la connotación peyorativa que le fue aplicada con posterioridad.

La tiranía comenzó, probablemente, en la segunda mitad del s. VII a. C.; se extendió a muchas comunidades de Grecia continental y luego a las islas egeas, al Asia Menor y a las poblaciones occidentales. En numerosos lugares la actuación de los tiranos tuvo consecuencias positivas. En efecto, pusieron fin, por una o dos generaciones, a la grave situación de discordia existente en la *polis*. Establecieron alianzas entre la propia comunidad y otros estados griegos, erigiéndose, a menudo, en elementos pacificadores. Protegieron al campesinado y, posiblemente, promovieron la actividad manufacturera. Fortalecieron el sentido de comunidad mediante la construcción de obras públicas y la organización de magnas fiestas de base predominantemente cultural. Arrinconaron los caducos hábitos de gobierno propios de la aristocracia. Y, paradójicamente, a pesar de que los tiranos estaban por encima de la ley, “vigorizaron”, afirma M. I. Finley,<sup>3</sup> “la *polis* y sus instituciones, contribuyendo a elevar al *demos*, o sea, al pueblo en general, a un nivel de conciencia política: esto condujo en algunos estados al gobierno del *demos*, es decir, a la democracia”.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique*, Paris, P.U.F., 1969, p. 88.

<sup>3</sup> M. I. Finley, *Grecia primitiva: la edad de bronce y la era arcaica*, trad. esp., Buenos Aires, Eudeba, 1974, p. 159.

<sup>4</sup> Ch. Yerli [“Figures du tyran archaïque: entre le monstre et le sage”, en Cl. Calame (ed.), *Figures grecques de l’intermédiaire*, Lausana, Les Belles Lettres, 1992, pp. 3-32], aun reconociendo la connotación negativa que suele acompañar

Pero la tiranía tenía un punto débil: su funcionamiento y características dependían excesivamente de las cualidades personales del tirano, tentado, demasiadas veces, a acallar de manera coercitiva cualquier conato de oposición. Se daba además el caso de que los hijos y, posteriormente, los nietos, solían heredar el cargo, aunque, por desgracia, no siempre heredaban las habilidades de su antecesor. Todo ello conduce, en la segunda o, como máximo, en la tercera generación, a una situación de despotismo, y/o de disensión interna en la *polis*, que concluye con la eliminación, no necesariamente cruenta, del tirano. De ahí que el fin de la tiranía sea saludado como algo beneficioso, cosa que contribuye a la ulterior valoración negativa de esta realidad.

Si queremos precisar algo más esta institución, ahora desde un punto de vista filológico, diremos que la palabra tiranía, τυραννίς, no está atestiguada en Homero ni en Hesíodo, y que la encontramos por primera vez a mediados del s. VII a. C. en la poesía de Arquíloco, donde leemos:

No me importa todo el oro de Giges  
—jamás se lo envidié—, ni tengo celos  
del poder de los dioses, ni me atrae  
la altiva tiranía. No es bastante  
para que en ello yo fije mi atención.<sup>5</sup>

Y en otro fragmento:

Reina sobre la ciudad y conquista la tiranía.  
Serás envidiado por muchos de los hombres.<sup>6</sup>

a la figura del tirano, pone de relieve aspectos positivos del personaje como, por ejemplo, su capacidad para el arbitraje.

<sup>5</sup> Archil., Fr. 19 W: Οὔ μοι τὰ Γύγω τοῦ πολυχρύσου μέλει / οὐδ' εἰλέ πά με ζῆλος οὐδ' ἀγαίομαι / θεῶν ἔργα, μεγάλης δ' οὐκ ἔρέω τυραννίδος· / ἀπόπροθεν γάρ ἐστιν ὀφθαλμῶν ἐμῶν. La edición de referencia para Arquíloco es *Iambi et Elegi Graeci*, ed. M. L. West, vol. I, ed. altera, Oxford, Oxford Clarendon Press, 1989. Traducción de J. Ferraté, *Líricos griegos arcaicos*, Barcelona, El Acanalado, 2000<sup>3</sup>, modificada para este artículo por M. Jufresa.

<sup>6</sup> Fr. 23 W: κείνης ἄνασσε καὶ τυραννίνην ἔχε· / πολλοῖσί θην ζηλωτὸς ἀνθρώπων ἔσσειαι.

La tiranía se relaciona, pues, con la envidia de la masa, por lo que podemos deducir que constituye un bien deseable para la mayoría.<sup>7</sup> Desde entonces los términos tiranía y tirano se han ido imponiendo, pero ni su recorrido ni su significado son rectilíneos ni unívocos. En nuestras lenguas modernas “tirano” tiene una acepción completamente negativa, que expresa falta de legitimidad política, violencia sobre los demás y alienación propia. En la Grecia arcaica y clásica significa señor absoluto,<sup>8</sup> y su sinónimo más explícito es μόναρχος, el que gobierna solo, el que detenta en sus manos todo el poder. Y esto puede ser objeto de máxima admiración o de máxima execración, como muestran otros versos, los de Solón:

De la nube procede la fuerza de nieve o granizo,  
y el trueno se forma a partir del rayo brillante;  
y una ciudad con los grandes empieza a morir, y a un monarca  
cae en servir el común por su propia ignorancia;  
y al que se exaltó demasiado no es fácil después contenerlo,  
y hubiera sido mejor pensar antes en todo.<sup>9</sup>

La admiración por la tiranía va ligada a ámbitos populares, pero con el tiempo el significado peyorativo acabará ganando. El origen de la palabra es probablemente oriental,<sup>10</sup> y repre-

<sup>7</sup> El sentido último del Fr. 23 W ha sido muy discutido entre los estudiosos. Véase al respecto J. H. Bremen, A. M. van Erp, T. Kip y S. R. Slings, *Some recently found greek poems*, Leiden-New York-Kobenhavn-Köln, E. J. Brill, 1987, pp. 1-23.

<sup>8</sup> Es decir, designa al individuo cuyo poder no está sometido ni depende de ninguna otra instancia.

<sup>9</sup> Sol., Fr. 9 W: ἐκ νεφέλης πέλεται χιόνος μένος ἠδὲ χαλάζης, / βροντὴ δ' ἐκ λαμπρᾶς γίγνεται ἀστεροπῆς· / ἀνδρῶν δ' ἐκ μεγάλων πόλις ὄλλυται, ἐς δὲ μονάρχου / δῆμος ἀιδρεΐηι δουλοσύνην ἔπεσεν· / λίη(ν) δ' ἐξ(ά)ραντ' (οὐ) ράιδιόν ἐστι κατασχεῖν / ὕστερον, ἀλλ' ἦδη χρὴ (περὶ) πάντα νοεῖν. La edición de referencia para Solón es *Iambi et Elegi Graeci*, op. cit., vol. II. Traducción de J. Ferraté, op. cit.

<sup>10</sup> Como hace notar C. Catenacci, *Il tiranno e l'eroe*, Milán, Bruno Mondadori, 1996.

senta de un lado una pantalla sobre la que se proyecta algo que se quiere considerar extraño, extranjero; pero encarna también la máxima aspiración de poder que subyace en algún rincón de la personalidad individual o del cuerpo social. Podemos encontrarla aplicada a gobernantes míticos, reyes hereditarios de ciudades como Atenas, Corinto, Siracusa o incluso al señor de los dioses, el propio Zeus, en Esquilo<sup>11</sup> y Aristófanes.<sup>12</sup> La tiranía y la valoración moral que merece se mueven de modo ambiguo entre el plano de los principios y el de la vida concreta, entre imperativos éticos y deseos profundos. La tiranía es para el hombre griego como un sueño incestuoso, en el que se mezclan placer y máxima inhibición.

Por ejemplo, que la tiranía es un bien máximo, es la opinión común que Sócrates combate en *Gorgias*, 468 e ss. Para Platón, el tirano no es, en absoluto, un hombre digno de envidia; merece, en cambio, compasión ya que le afecta el peor de los males: τὸ ἀδικεῖν.

Esta ambigüedad no desaparece nunca del todo, aunque a partir del s. v a. C. la valoración negativa sea la preponderante y, a nivel panhelénico, Esparta y Atenas se vanaglorien de sus méritos para derrotar a los tiranos griegos y bárbaros. Pero es sobre todo en la Atenas democrática donde se instaura con mayor fuerza la representación de la tiranía como un mundo al revés, como el reino de la heterodoxia más peligrosa, como un ἀδύνατον político.<sup>13</sup> Los tiranicidas se convierten en héroes nacionales y sus hazañas se transforman en mitos que contribuyen a reforzar la democracia. Así, en Atenas, Harmodio y Aristogitón, los asesinos de Hiparco, son objeto de heroización por la vía iconográfica y por la vía poética.<sup>14</sup> Los

---

<sup>11</sup> A., *Pr.*, 734.

<sup>12</sup> Ar., *Nu.*, 564.

<sup>13</sup> D. Lanza afirma: “nel tiranno si personifica ben presto tutto ciò che è respinto e condannato dalla morale politica dellà città” (*Il tiranno e il suo pubblico*, Turín, Einaudi, 1977, p. 13).

<sup>14</sup> Cf. M. W. Taylor, *The tyrant slayers*, Salem, New Hampshire, Ayer, 1991<sup>2</sup>.



ensalzan cuatro *skolia* simpóticos, atribuidos a Calístrato, que nos ha conservado Ateneo:

En una rama de mirto llevaré mi espada,  
 como Harmodio y Aristogitón  
 cuando al tirano dieron muerte  
 e hicieron de Atenas una ciudad con igualdad de derechos.  
 Queridísimo Harmodio, en modo alguno estás muerto,  
 aunque digan que habitas la Isla de los Bienaventurados,  
 donde vive Aquiles el de los pies ligeros  
 y el valiente Diomedes hijo de Tideo.  
 En una rama de mirto llevaré mi espada,  
 como Harmodio y Aristogitón,  
 cuando en las fiestas en honor de Atenea  
 dieron muerte al tirano Hiparco.  
 Vuestra fama perdurará siempre sobre la tierra,  
 queridísimos Harmodio y Aristogitón,  
 porque disteis muerte al tirano  
 e hicisteis de Atenas una ciudad con igualdad de derechos.<sup>15</sup>

El prestigio democrático, que envuelve la imagen del tiranicidio, llega hasta el punto que recordar el pasado antipisistrátida de la propia familia se convierte en Atenas en un modo de captar la benevolencia de un tribunal o de los asistentes a un acto público. En sentido contrario, ningún hombre político importante, ni siquiera en los momentos más álgidos de la democracia, se sustrae a la acusación de aspirar a la tiranía —es el caso de Pericles en la comedia—, del mismo modo que la propia Atenas representa el papel de tirano en la liga

<sup>15</sup> Ath., XV, 695 a-b: ἐν μύρτου κλαδί τὸ ξίφος φορήσω, / ὡς περ Ἀρμόδιος καὶ Ἀριστογείτων, / ὅτε τὸν τύραννον κτανέτην / ἰσονόμους τ' Ἀθήνας ἐποιήσατην. // φίλταθ' Ἀρμόδι', οὐ τί που τέθνηκας· / νήσσοις δ' ἐν μακάρων σέ φασιν εἶναι, / ἴνα περ ποδώκης Ἀχιλεὺς, / Τυδείδην τέ φασι τὸν ἐσθλόν [Διομήδεα]. // ἐν μύρτου κλαδί τὸ ξίφος φορήσω, / ὡς περ Ἀρμόδιος καὶ Ἀριστογείτων, / ὅτ' Ἀθηναίης ἐν θυσίαις / ἄνδρα τύραννον Ἴππαρχον ἐκαινέτην. // αἰεὶ σφῶν κλέος ἔσσεται κατ' αἶαν, / φίλταθ' Ἀρμόδιε καὶ Ἀριστόγειτον, / ὅτι τὸν τύραννον κτανέτην / ἰσονόμους τ' Ἀθήνας ἐποιήσατην. Traducción de M. Jufresa. Sobre el carácter anti-tiránico del vínculo que unía a Harmodio y a Aristogitón, cf. Pl., *Smp.*, 182 c.

ático-délica. El fantasma despótico acabará materializándose en el régimen de los 30 tiranos de 404/403 a. C.

La valoración de la tiranía experimenta, pues, una evolución sustancial desde los tiempos de Arquíloco hasta llegar a las reflexiones del *Hierón* de Jenofonte, donde se escenifica una conversación entre el poeta Simónides y el tirano de Siracusa, y donde este último dice envidiar la situación del hombre común. Asimismo Platón, en el mito de Er del final de la *República*,<sup>16</sup> pone en evidencia hasta qué punto es despreciable la tiranía que lleva a quien la detenta a devorar a sus propios hijos, terrible acusación que el filósofo ateniense<sup>17</sup> complementa con la de parricida. Aristóteles,<sup>18</sup> por su parte, define la tiranía como una monarquía degenerada, para dejar paso a los monarcas justos de la época helenística. El precedente de esta valoración negativa de la tiranía se halla en las invectivas dirigidas en su contra desde ambientes aristocráticos en época arcaica, proferidas por poetas adversarios de personajes como Cipselo, Pisístrato o Pítaco.

Pasemos ahora al poeta. En una sociedad arcaica el poeta, maestro de la palabra y de la memoria inspirado por los dioses, es responsable de conservar y fijar la tradición, así como de difundirla. El poeta habla del pasado como espejo del presente y del futuro, y hace de transmisor entre el poder y el pueblo. El poder, por tanto, —sucede en todas partes y en todas las épocas— se consolida en la tradición, y el que lo posee debe asegurarse el control sobre la transmisión de esta tradición. Ya en la *Odisea* vemos cómo los nobles tenían su propio aedo que gozaba de una posición de prestigio y de gran responsabilidad.<sup>19</sup>

---

<sup>16</sup> Pl., *R.*, 619 b-c.

<sup>17</sup> Pl., *R.*, 569 b.

<sup>18</sup> Ar., *Pol.*, 1285 b.

<sup>19</sup> Cf. B. Gentili, *Poesia e pubblico nella Grecia antica*, Roma-Bari, Laterza, 1984.

En el ejercicio del poder, pues, el tirano se encuentra necesariamente con el poeta, pero, debido a la ruptura institucional que representa la instauración de la tiranía, el poeta puede tomar partido y continuar su tarea de conector entre el gobernante y el pueblo, o discrepar del tirano y quedar enfrentado al poder. De todas estas situaciones tenemos noticia en la época arcaica.

Herodoto<sup>20</sup> nos cuenta que el poeta Arión, inventor del diti-rambo, pasó mucho tiempo al servicio del tirano Periandro de Corinto. El pasaje de Herodoto recoge el famoso episodio del delfín, acción que se sitúa en un viaje de regreso a Corinto después de una estancia del poeta en Italia y en Sicilia. De Íbico y Anacreonte sabemos que residieron en la corte de Polícrates, tirano de Samos, y aunque se dice que los poemas de Anacreonte citaban a menudo el nombre de Polícrates, ninguno de los fragmentos conservados se refiere directamente a él.

Asimismo se sabe que Hiparco, un φιλόμουσος según Aristóteles,<sup>21</sup> invitó a los discípulos de Anacreonte, Simónides y otros poetas a visitar Atenas. Para traer a la ciudad a Anacreonte, Hiparco envió un navío de cincuenta remeros, y ofreció elevadas sumas de dinero y numerosos regalos a Simónides para que permaneciera a su lado.<sup>22</sup> De este poeta Aristóteles<sup>23</sup> explica que, habiendo sido invitado por el tirano Anaxilao para cantar una victoria obtenida en las carreras de carros tirados por mulas, rechazó el encargo, dando a entender que estos animales no eran un objeto suficientemente digno de su poesía; sin embargo, cuando el tirano elevó la paga que le ofrecía, Simónides aceptó y compuso el poema, del cual se conserva un verso:

Os saludo, hijas de corceles veloces como el huracán.<sup>24</sup>

<sup>20</sup> Hdt., I, 23-4.

<sup>21</sup> Ar., *Ath.*, 18.1.

<sup>22</sup> Pl., *Hipparch.*, 228 c.

<sup>23</sup> Ar., *Rh.*, III, 1405 b.

<sup>24</sup> χαίρετ' ἄελλοπόδων θύγατρες ἵππων. Este verso también fue conservado por Heráclides Póntico, *F.H.G.*, II, p. 219. Traducción de F. de P. Samaranch, Aristóteles, *Obras*, Madrid, Aguilar, 1977<sup>2</sup>.

Este episodio ilustra de modo claro el momento en que se ha roto la tradición del poeta “*maître de vérité*”,<sup>25</sup> y el oficio del ποιητής se ha secularizado, aceptando un salario a cambio de su trabajo.

Otras noticias nos ilustran sobre cuán conscientes eran los tiranos de la función ideológica de la poesía como difusora de la tradición, puesto que sabemos que introdujeron modificaciones, a veces distorsiones, en los textos poéticos, e incluso que alguno prohibió la recitación de los poemas enteros. Pisístrato, que según Cicerón<sup>26</sup> ordenó los *libri* de Homero *ut nunc habemus*, habría mandado añadir en *Odisea*, XI, 631, “Teseo y Pirítoo, hijos ilustres de los dioses”, y suprimir de Hesíodo, en referencia a Teseo, “porque lo consumía un violento amor por la Panopeida Egle”, con el fin de hacerse agradable a los atenienses.<sup>27</sup> Heródoto<sup>28</sup> nos cuenta, asimismo, que Clístenes, tirano de Sición, prohibió que se recitaran los poemas de Homero porque celebraban las gestas de los argivos, enemigos suyos, y que quiso acabar con el culto del héroe argivo Adrasto, que, según el mito, había sido rey de Sición, e intentó sustituirlo por el culto al héroe Melanipo. También habría cambiado unos coros en honor de Adrasto dedicándolos a Dionisos.

A su vez algunos poetas, por convicción o por interés, como ya se ha comentado antes, contribuyeron al prestigio del tirano. Aristóteles<sup>29</sup> atribuye a Simónides de Cos un epitafio, también conservado por Tucídides,<sup>30</sup> en honor de Arquédice, hija de Hípias y esposa del tirano de Lámpsaco:

De un hombre ilustre en su época en Grecia,  
de Hípias, a Arquédice, su hija, este polvo cubre;

---

<sup>25</sup> Sobre la consideración del poeta como “maestro de verdad”, cf. M. De-tienne, *Les maîtres de vérité dans la Grèce archaïque*, Paris, Maspero, 1967.

<sup>26</sup> Cic., *De or.*, III, 137.

<sup>27</sup> Plu., *Thes.*, 20.

<sup>28</sup> Hdt., V, 67.

<sup>29</sup> Ar., *Rh.*, I, 9.

<sup>30</sup> Th., VI, 59.

hija, esposa y hermana fue ella de tiranos,  
madre también; pero no infatuó de orgullo su cabeza.<sup>31</sup>

Pero la mayor parte de testimonios conservados se refieren a los tiranos de Sicilia, donde en época clásica continúa existiendo la tiranía. Se trata, sin embargo, de una tiranía distinta a la que caracterizó el período arcaico, pues la tiranía siciliana parece más como un preludio de lo que serán las monarquías helenísticas. Píndaro, como es bien sabido, celebró numerosas victorias de los tiranos Hierón de Siracusa y Terón de Agrigento, a quienes dedica encarecidos elogios. Así, al comienzo de la *Olímpica*, I, dice:

...en el hogar bienaventurado de Hierón,  
que sostiene el cetro de la justicia  
en la fecunda Sicilia  
colectando las más elevadas de todas las virtudes,  
y que se alegra en las delicias del canto,  
en los nobles juegos que a menudo  
nos divierten en torno a una mesa amiga.<sup>32</sup>

Y en la *Olímpica*, II:

Terón, observador religioso de la hospitalidad,  
sostén de Agrigento, flor salida de un ilustre linaje  
para la salvación de la ciudad.  
Sus antepasados, después de duras pruebas,  
ocuparon esta residencia sagrada junto al río,

<sup>31</sup> “ἀνδρὸς ἀριστεύσαντος ἐν Ἑλλάδι τῶν ἐφ’ ἑαυτοῦ / Ἰππίου Ἀρχεδίκην ἦδε κέκευθε κόνις· / ἢ πατρός τε καὶ ἀνδρὸς ἀδελφῶν τ’ οὔσα τυράννων / παίδων τ’ οὐκ ἦρθη νοῦν ἐς ἀτασθαλίην”. Traducción de L. M. Aparicio, *Tucidides. Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Ediciones Akal, 1989.

<sup>32</sup> Pí., *O.*, I, 11-16: μάκαιραν Ἰέρωνος ἐστίαν, / θεμιστεῖον ὃς ἀμφέπει σκάπτον ἐν πολυμάλῳ / Σικελίᾳ, δρέπων μὲν κορυφὰς ἀρετῶν ἄπο πασάν, / ἀγλαΐζεται δὲ καὶ / μουσικῶς ἐν ἀώτῳ, / οἷα παίζομεν φίλιαν / ἄνδρες ἀμφὶ θαμὰ τράπεζαν. La edición de referencia utilizada para Píndaro es *Pindari Carmina cum fragmentis, pars I. Epinicia*, ed. B. Snell et H. Maehler, Leipzig, Teubner, 1971. Traducción de M. Jufresa.

fueron el ojo de Sicilia; el tiempo y el destino velaron sobre ellos, aportando gloria y riqueza a sus puras virtudes.<sup>33</sup>

Píndaro también celebró victorias de otros personajes pertenecientes al entorno de los tiranos sicilianos, tal como vemos en la *Pítica*, VI, o en la *Ístmica*, II, en honor de Jenócrates, hermano de Terón, y del hijo de aquél, Trasibulo; y en la *Olímpica*, VI, en honor de Agesias, uno de los lugartenientes de Hierón. A uno de los más altos dignatarios de la corte de Siracusa, Cromio de Etna, están dedicadas la *Nemea*, I:

El carro de Cromio, y también Nemea,  
me incitan a aparejar una oda triunfal  
en honor de sus hazañas victoriosas.<sup>34</sup>

Y la *Nemea*, IX, en la que el poeta dice dirigirse a la “dichosa morada de Cromio”<sup>35</sup> en la nueva ciudad de Etna, a la que concurren numerosos extranjeros, y, al final de la composición, afirma que Cromio ha obtenido una dicha maravillosa por gracia de la divinidad.

Al cumplir con su tarea laudatoria, Píndaro en la *Olímpica*, I,<sup>36</sup> llama al tirano Συρακόσιον ἵπποχάρμαν βασιλῆα, “rey de Siracusa, amigo del arte ecuestre”. En *Pítica*, III,<sup>37</sup> por el contrario, utiliza el nombre de tirano referido a Hierón, aunque en tono elogioso, juntándolo a un adjetivo de raigambre homérica: λαγέταν... τύραννον. Pero no siempre Píndaro ex-

<sup>33</sup> Pi., O., II, 5-11: Θήρωνα δὲ τετραορίας ἔνεκα νικαφόρου / γεγωνητέον, ὅπι δίκαιον ξένων, / ἔρεισμ' Ἀκράγαντος, / εὐωνύμων τε πατέρων ἄτων ὀρθόπολιν· / καμόντες οἱ πολλὰ θυμῷ / ἱερὸν ἔσχον οἴκημα ποταμοῦ, Σικελίας τ' ἔσαν / ὀφθαλμός, αἰὼν δ' ἔφεπε μῶρσιμος / πλοῦτόν τε καὶ χάριν ἄγων / γνησίας ἐπ' ἄρεταίς. Traducción de M. Jufresa.

<sup>34</sup> Pi., N., I, 7-8: ἄρμα δ' ὀτρύνει Χρομίου Νεμέα τ' / ἔργμασιν νικαφόροις ἐγκώμιον ζευξαι μέλος. Traducción de M. Jufresa.

<sup>35</sup> Pi., N., IX, 3.

<sup>36</sup> Pi., O., I, 23.

<sup>37</sup> Pi., P., III, 85.

presa en sus obras una actitud positiva en relación a la tiranía, como veremos más adelante.

Por otra parte, la *Vita Aeschyli* nos cuenta que Esquilo fue a Sicilia y celebró en una obra, *Las Etneas*, la fundación de Etna por Hierón. Esta fundación también fue enaltecida por Píndaro en la *Pítica*, I,<sup>38</sup> donde dice que la ciudad ha recibido gloria de su ilustre fundador, κλεινὸς οἰκιστὴρ ἐκύδανεν πόλιν γείτονα, pues fue como Αἰτναῖος que, en Delfos, Hierón se hizo proclamar vencedor por el heraldo.

Otras veces los poetas demuestran en sus composiciones un claro rechazo al tirano o a la tiranía. El mismo Píndaro en *Pítica*, XI, dedicada al joven Trasideo de Tebas, expresa sus reticencias en relación a este régimen político, y, en una posición mucho más cercana a la σοφία de los Siete Sabios, considera que disfrutar de un ὄλβος duradero resulta más accesible para los ciudadanos de condición media, por lo que el destino del tirano suscita su desprecio. Así, dice preferir la buena fama de la posteridad al poder y la vanidad del presente:

Yo aspiro a las virtudes comunes. Pues evita los funestos  
 peligros de la envidia, quien, habiendo alcanzado la cima,  
 disfruta con tranquilidad de lo que ha obtenido  
 y rehuye un orgullo desmesurado.  
 La negra muerte le brindaría un final más hermoso  
 si ofrece a su dulce descendencia  
 la gracia de un buen renombre,  
 el más duradero de los bienes.<sup>39</sup>

Sin embargo, el poeta más conocido por sus invectivas contra un tirano es sin duda Alceo. Aunque los ataques de Alceo al tirano de Mitilene no están movidos por una idea moral o por

<sup>38</sup> Pi., P., I, 31.

<sup>39</sup> Pi., P., IX, 54-58: ξυναῖσι δ' ἄμφ' ἀρεταῖς τέταμαι· φθονεροὶ δ' ἀμόνονται. / τᾶν εἴ τις ἄκρον ἑλὼν / ἤσυχᾶ τε νεμόμενος αἰνὰν ὕβριν / ἀπέφυγεν, μέλανος ὄγ' ἐσχατῆαν / καλλίονα θανάτοι' ἔσχεν, γλυκυτάτα γενεᾶ / εὐδόνυμον κτεάων κρατίστην χάριν πορώι. Traducción de M. Jufresa.

un atisbo de sentimiento democrático, sino que expresan resentimiento, afán de reconquistar para él y para los suyos un poder aristocrático en vías de desaparición que el poeta, desde el exilio “entre lobos”,<sup>40</sup> evoca con amarga voz. Así, de Mírsilo, el antiguo compañero que, faltando al juramento, se ha hecho con el poder, dice que “devoró la ciudad”<sup>41</sup> y, al enterarse de su muerte, exhorta a embriagarse “hasta perder el tino”<sup>42</sup> para celebrarlo. Tampoco le gusta Pítaco, el sucesor de aquél:

...ese hombre,  
que anda, hecho una furia, tras del máximo  
poder, no tardará en echar abajo  
la ciudad, en el fiel de la balanza<sup>43</sup>

...el mal nacido  
Pítaco es al que han puesto de tirano  
de esta ciudad sin temple y malhadada;  
y a grandes voces todos le dan vítores.<sup>44</sup>

Reconoce, no obstante, quizás decepcionado, que tampoco las revueltas son una buena solución, ya que “las suscita algún olímpico, llevando al pueblo a la ruina y dándole a Pítaco la deseada gloria”.<sup>45</sup>

Más ejemplar, en cambio, resulta la conducta de Solón, que abandonó Atenas para no convertirse en tirano. En los frag-

---

<sup>40</sup> Alc., fr. 130 L-P, 25. La edición de referencia es *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, ed. E. Lobel et D. Page, Oxford, 1955.

<sup>41</sup> Alc., fr. 70 L-P, 7.

<sup>42</sup> Alc., fr. 332 L-P.

<sup>43</sup> Alc., fr. 141 L-P: ὄνηρ οὗτος ὁ μαιόμενος τὸ μέγα κρέτος / ὀντρέψει τάχα τὸν πόλιν· ἂ δ' ἔχεται ῥόπας. Traducción de J. Ferraté, op. cit.

<sup>44</sup> Alc., fr. 348 L-P: τὸν κακοπατρίδαν / Φίττακον πόλιος τὰ ἀχόλω καὶ βαρυνδαίμονος / ἐστάσαντο τύραννον μέγ' ἐπαίνεντες ἀόλλεες. Traducción de J. Ferraté, op. cit.

<sup>45</sup> Alc., fr. 70 L-P.



mentos que hemos conservado de sus poesías, Solón se enorgullece de su papel de mediador, tarea que ha desempeñado tratando de instaurar la justicia, “Eunomia”, en su ciudad. Así leemos:

Porque es verdad que al pueblo le di privilegios bastantes,  
sin nada quitarle de su dignidad ni añadirle;  
en cuanto a la gente influyente y que era notada por rica,  
cuidé también de éstos, a fin de evitarles maltratos;  
y alzando un escudo alrededor mío, aguanté a los dos  
bandos,  
.....  
y no dejé ganar sin justicia a ninguno.<sup>46</sup>

Aunque su posicionamiento le haya llevado a rechazar las riquezas y la tiranía, y algunos puedan considerarlo estúpido a causa de este motivo,<sup>47</sup> Solón quien —según se dice— permaneció, por razones políticas, ausente de la *polis* durante un tiempo, recuerda a sus conciudadanos, en la elegía conocida como *Eunomía*, que no hay que enriquecerse dejándose atraer por acciones injustas, pues, a la larga,

... la justicia, que calla, y presente y pasado conoce,  
... con el tiempo, torna, sin falta, a vengarse.<sup>48</sup>

Exhorta, por ello, a los atenienses a no dejarse deslumbrar por los aspirantes a tirano, ya que:

... quienes tratan de hundir la ciudad, estúpidamente,  
son sus propios vecinos, pensando en ganancias,

<sup>46</sup> Sol., fr. 5 W: δήμῳ μὲν γὰρ ἔδωκα τόσον γέρας, ὅσσον ἀπαρκεῖ, / τιμῆς οὐτ’ ἀφελῶν οὐτ’ ἐπορεξάμενος· / οἱ δ’ εἶχον δύναμιν καὶ χρήμασιν ἦσαν ἀγητοί, / καὶ τοῖς ἐφρασάμην μηδὲν ἀεικὲς ἔχειν· / ἔστιν δ’ ἀμφιβαλῶν κρατερὸν σάκος ἀμφοτέροισι, / νικᾶν δ’ οὐκ εἶασ’ οὐδετέρους ἀδίκως. Traducción de J. Ferraté, op. cit.

<sup>47</sup> Sol., fr. 33 W.

<sup>48</sup> Sol., fr. 4 W, vv. 14-16: οὐδὲ φυλάσσονται σεμνὰ Δίκης θέμεθλα, / ἢ σιγῶσα σύνοιδε τὰ γιγνόμενα πρό τ’ ἔοντα, / τῷ δὲ χρόνῳ πάντως ἦλθ’ ἀποτεισομένη. Traducción de J. Ferraté, op. cit.

y el juicio perverso de los caudillos del pueblo llamados a pagar con dolor su enorme arrogancia.<sup>49</sup>

Además, una vez dado el primer paso, es muy complicado —afirma Solón— refrenar al soberbio:

y al que se exaltó demasiado no es fácil después contenerlo, y hubiera sido mejor pensar antes en todo.<sup>50</sup>

Hay que hacer notar que la vida feliz que, en contraposición, este sabio recomienda en sus versos<sup>51</sup> —tener el estómago lleno y disfrutar de grata compañía— no se encuentra muy alejada de la huída de la ciudad que Epicuro, de forma aun más radical, preconizará unos siglos más tarde.

Diógenes Laercio nos ha conservado algunas cartas, seguramente apócrifas, dirigidas por Solón a Pisístrato y a Periandro.<sup>52</sup> Al primero Solón le dice que no acepta su ofrecimiento de volver a Atenas, aunque admite que Pisístrato es el mejor de todos los tiranos.<sup>53</sup> A Periandro le aconseja abandonar la tiranía, pero, en el caso de que desee continuar siendo tirano, entonces le recomienda buscar tropas extranjeras que sean superiores a las de su ciudad.<sup>54</sup> En otra carta dirigida a Epiménides, otro de los siete sabios, aunque no tirano, Solón atribuye al pueblo de Atenas la responsabilidad de que Pisístrato se haya convertido en el tirano de su ciudad.<sup>55</sup>

<sup>49</sup> Sol., fr. 4 W, vv. 5-8: αὐτοὶ δὲ φθείρειν μεγάλην πόλιν ἀφραδίησιν / ἀστοὶ βούλονται χρήμασι πειθόμενοι, / δήμου θ' ἡγεμόνων ἄδικος νόος, οἷσιν ἐτοίμον / ὕβριος ἐκ μεγάλης ἄλγεα πολλὰ παθεῖν. Traducción de J. Ferraté, op. cit.

<sup>50</sup> Sol., fr. 9 W, vv. 5-6: λίη(ν) δ' ἐξ(ά)ραντ' (οὐ) ράιδιόν ἐστι κατασχεῖν / ὕστερον, ἀλλ' ἦδη χρη(ν) (περὶ) πάντα νοεῖν. Traducción de J. Ferraté, op. cit.

<sup>51</sup> Sol., frs. 12 W, 23 W y 24 W.

<sup>52</sup> Sobre la insistencia en temas políticos presente en las cartas que Diógenes atribuye a los Siete Sabios, cf. P. Gómez, "Savis i tirans: la correspondencia dels Set Savis al llibre I de Diógenes Laerci", *Ítaca*, XVIII, 2002, pp. 191-209.

<sup>53</sup> D. L., I, 66-67.

<sup>54</sup> D. L., I, 64.

<sup>55</sup> D. L., I, 64-66.

También para otro poeta, Teognis, las riquezas engendran el infortunio, creando una situación de locura o ceguera, por lo que describe en términos semejantes a los de Solón la situación de su propia ciudad:

No esperes que esta ciudad, aunque ahora esté en la mayor calma, permanezca tranquila por mucho tiempo una vez que los malvados se aficionen a las ganancias con público perjuicio. De esto nacen las luchas civiles, las matanzas de ciudadanos y los tiranos: ¡ojalá no dé su voto a nada de ello esta ciudad!<sup>56</sup>

Y se desentiende por completo de los tiranos:

No iré ni le llamaré por su nombre ni iré bajo tierra llorado por mi en su tumba un tirano;  
tampoco él, si yo muriese, sentiría dolor ni haría correr de sus ojos lagrimas calientes.<sup>57</sup>

Como superviviente de la antigua aristocracia, Teognis encuentra odiosa la perspectiva de que en su patria se instaure una tiranía. Así en I, 891-894, escuchamos las quejas del poeta, quizás desde su destierro en Cálcide, por el saqueo de la llanura lelantina y la revolución en la ciudad. Además maldice a los Cipsé-lidas, la dinastía de los tiranos de Corinto:

¡Dolor por la cobardía! Ha perecido Cerinto,  
y los fértiles campos de Lelanto son arrasados,

<sup>56</sup> Thgn., I, vv. 47-52: ἔλπεο μὴ δὴρὸν κείνην πόλιν ἀτρεμέεσθαι / μὴδ' εἰ νῦν κείται πολλῆ ἐν ἡσυχίῃ, / εὖτ' ἂν τοῖσι κακοῖσι φίλ' ἀνδράσι ταῦτα γένηται / κέρδεα δημοσίῳ σὺν κακῶ ἐρχόμενα. / Ἐκ τῶν γὰρ στάσιές τε καὶ ἔμφυλοι φόνοι ἀνδρῶν / μούναρχοί θ' ἂ πόλει μήποτε τῆδε ἄδοι. La edición de referencia utilizada es *Iambi et Elegi Graeci*, op. cit., vol. I. La traducción es de F. R. Adrados, *Líricos Griegos*, II, Madrid, C.S.I.C., 1990. Hay que hacer notar que el original griego dice μούναρχοι, pero ya hemos visto que el significado de esta palabra está muy cerca del de τύραννος.

<sup>57</sup> Thgn., I, vv. 1203-1207: Οὐκ εἶμ', οὐδ' ὑπ' ἐμοῦ κεκλήσεται, οὐδ' ἐπὶ τύμβῳ / οἰμωχθεῖς ὑπὸ γῆν εἶσι τύραννος ἀνήρ· / οὐδ' ἂν ἐκεῖνος ἐμοῦ τεθνηότος οὔτ' ἀνιῶτο / οὔτε κατὰ βλεφάρων θερμὰ βάλου δάκρυα. Traducción de F. R. Adrados, op. cit.

los hombres de bien están desterrados,  
 los malvados gobiernan la ciudad.  
 Ojalá Zeus destruya de esta manera a los descendientes de  
 Cipselo.<sup>58</sup>

Teognis elogia asimismo al ciudadano que “prefiere vivir piadosamente con pocos bienes de fortuna, a vivir en la opulencia adquiriendo riquezas contra la justicia. En la justicia se resume toda virtud, y todo hombre que sea justo es virtuoso”.<sup>59</sup> A pesar de que es consciente de que “a un hombre virtuoso la pobreza es lo que más le somete a su poder, más que la cana vejez y que la fiebre”.<sup>60</sup>

Ya hemos señalado anteriormente que la aversión suscitada por el tirano engendra la exaltación de la figura del tiranicida, y en este contexto, además de los escolios simpóticos ya citados, tenemos unas palabras atribuidas a Simónides<sup>61</sup> por Hefestión<sup>62</sup> y por Eustacio:<sup>63</sup> ἦ μεγ' Ἀθηναίοισι φῶος γενεθ' ἠνίκ' Ἀριστογείτων Ἴππαρχον κτεῖνε καὶ Ἀρμόδιος.<sup>64</sup>

Como último ejemplo del alto valor simbólico que alcanza el poeta en la lucha contra el gobernante de conducta tiránica, podemos aducir la historia protagonizada por una mujer argiva, la poeta Telesila de Argos. Cuenta Plutarco, en el tratado *Sobre las virtudes de las mujeres*,<sup>65</sup> que, cuando el cruel rey de Esparta Cleomenes, hacia 494 a. C., después de haber derrotado en el campo de batalla a los combatientes argivos, se dirigió a la ciudad de Argos,

<sup>58</sup> Οἱ μοι ἀναλκείης· ἀπὸ μὲν Κήρινθος ὄλωλεν, / Ληλάντου δ' ἀγαθὸν κείρεται οἰνόπεδον· / οἱ δ' ἀγαθοὶ φεύγουσι, πόλιν δὲ κακοὶ διέπουσιν. / Ὅς δὴ Κυπελιδέων Ζεὺς ὀλέσετε γένος. Traducción de F. R. Adrados, op. cit.

<sup>59</sup> Thgn., I, vv. 145-148. Traducción de F. R. Adrados, op. cit.

<sup>60</sup> Thgn., I, vv. 173-178. Traducción de F. R. Adrados, op. cit.

<sup>61</sup> Simon., fr. 76 D.

<sup>62</sup> Heph., 4.5.

<sup>63</sup> Eust., *Ad Il.*, 984.8.

<sup>64</sup> Fr. 76 D.: “Se hizo una gran luz para los atenienses cuando Harmodio y Aristogitón dieron muerte a Hiparco”.

<sup>65</sup> Plu., *Mor.*, 245 d-f.

un impulso y audacia demoníaca se apoderó de las mujeres jóvenes para rechazar a los enemigos en defensa de su patria. Bajo la dirección de Telesila tomaron las armas y, colocándose en círculo junto a la almena, rodearon las murallas, de modo que sorprendieron a los enemigos.<sup>66</sup>

Así rechazaron las fuerzas del rey Cleomenes y la ciudad de Argos sobrevivió. Es evidente que podemos hallar un paralelismo entre la audacia demoníaca, es decir divina, que impulsa a las mujeres argivas y la fuerza de la inspiración poética de Telesila, que emprendió el cultivo del arte de las Musas siguiendo la prescripción de un oráculo, adquiriendo, gracias a su poesía, fruto de un mandato divino, el enorme prestigio de que gozaba entre las mujeres de Argos.

Pero todavía debemos considerar otro aspecto de la relación entre tirano y poeta. Ya hemos dicho que el tirano de época arcaica es una figura ambivalente, que puede ser valorada de un modo muy positivo tanto en su propia época como por la tradición. Así nos encontramos con que, entre los componentes de los Siete Sabios, aparecen Pítaco, que fue tirano de Mitilene y contra quien clamaba Alceo, y también, aunque no en todas las fuentes, Periandro, tirano de Corinto. Diógenes Laercio,<sup>67</sup> además de atribuirles una serie de aforismos morales, nos informa de que compusieron poemas, habilidad que los restantes sabios también practicaron, según testimonio de Anaxímenes.<sup>68</sup> No hay duda de que la condición de poeta, en cuanto comporta ser portador de una palabra inspirada por la divinidad, contribuye al prestigio del sabio-gobernante y por ello es un factor de legitimación.

Pítaco, según la tradición, compuso canciones, versos elegíacos y un epigrama para su propia tumba. La elegía es un

---

<sup>66</sup> Traducción de M. López Salvá, *Plutarco. Obras morales y de costumbres*, III, Madrid, Gredos, 1987.

<sup>67</sup> D. L., I, 78 y 97.

<sup>68</sup> Diógenes Laercio (I, 40) se hace eco de esta afirmación.

género especialmente próximo al *sophós* y a la forma sentenciosa en que formula sus pensamientos, según hace notar F. Cortina,<sup>69</sup> quien añade que por ello resulta especialmente apropiada como forma de expresión para los *sophoi* que gobiernan, como demuestra la obra conservada de Solón. En cuanto a los versos que recoge Diógenes Laercio atribuidos a Pítaco, y en los que se censura al hombre de palabra engañosa, probablemente son creaciones de época helenística, que, invirtiendo los términos de la crítica de Alceo, tratan de componer una figura más apropiada para un sabio.

En lo que se refiere a Periandro, su relación con la tiranía fue larga y duradera, pues era hijo del tirano Cipselo, se casó con Melisa, hija del tirano de Epidauro, y él mismo se mantuvo durante cuarenta años como tirano de Corinto. Diógenes Laercio<sup>70</sup> nos informa de que compuso un repertorio de *gnomai* en dos mil versos, y nos ha conservado una carta,<sup>71</sup> también apócrifa, en la que invita a ir a su casa a varios de los Siete Sabios, hecho que, sea real o inventado, sirve para aumentar su propio prestigio a partir del de sus ilustres invitados. Sin embargo, en las acciones que se atribuyen a Periandro existen tantos elementos abominables —incestos, asesinatos, eros transgresor— que, en la tradición, hay quien sugiere que existieron dos individuos llamados Periandro, sabio el uno, tirano el otro.<sup>72</sup>

Es esta dimensión excesiva del tirano, no obstante, la que, según hace notar C. Catenacci,<sup>73</sup> aproxima los prototipos del tirano y del héroe, de acuerdo con el modelo que para definir

<sup>69</sup> F. Cortina, *Pítac: tirà i σοφός. Aproximació a la figura del σοφός a l'època arcaica*, tesina de licenciatura inédita, Barcelona, 1993. Véase, del mismo autor, "Pítac: la caracterització del σοφός", *Ítaca*, IX-X-XI, 1995, pp. 9-42.

<sup>70</sup> D. L., I, 97.

<sup>71</sup> D. L., I, 99.

<sup>72</sup> Opinión recogida también por Diógenes Laercio (I, 98-99). C. García Gual, *Los siete sabios (y tres más)*, Madrid, Alianza, 1996, segunda edición, p. 136, se distancia, con relación a Periandro, de "ese carácter borrascoso que la tradición hostil le adjudica al tirano".

<sup>73</sup> Op. cit.

a éste estableció A. Brelich.<sup>74</sup> El carácter dominante en ambos no es la armonía sino el desequilibrio, el exceso en el bien o en el mal, la incapacidad para mantener un comportamiento normal. Las vidas y la personalidad de figuras como Polícrates, los Pisistrátidas, los Cipsélidas o los Ortagóridas, tal como las conocemos, se adaptan bastante bien a este esquema. El tirano está predestinado al poder, y llega a convertirse en un instrumento de la justicia, pero a menudo lo hace transgrediendo la ley. Una vez instalado en el poder, el tirano acaba por caer en la violencia e inspira temor: su conducta lo acerca a la esfera animal, a depredadores como el lobo o el león.<sup>75</sup> Pero el tirano puede ser también, como ya hemos visto, un sabio, que vive rodeado de esplendor y riqueza. Sin embargo y de modo paradójico, estos bienes no le proporcionan felicidad, sino desgracia. Como ya les sucedía a los héroes, el tirano tiene un carácter iracundo, una vida familiar trágica y una muerte a menudo violenta. Su vida ilustra la difícil convivencia entre inteligencia y fortuna, y, por ello, se convierte en un ejemplo moral —en un anti-ejemplo, claro está— de aquella vida que el sabio y poeta Solón recomendaba.

Estas características del tirano propician por otro camino su relación con la poesía.<sup>76</sup> A partir de la expulsión de los Pisis-

<sup>74</sup> A. Brelich, *Gli eroi greci: un problema storico-religioso*, Roma, Ateneo Bizzarri, 1958.

<sup>75</sup> No faltan, en la producción bibliográfica actual, aportaciones que connotan negativamente la figura del tirano, un ser identificado con la Esfinge (A. Iriarte, *De Amazonas a ciudadanos. Pretexto gineocrático y patriarcado en la Grecia antigua*, Madrid, Akal, 2002, pp. 78-91), un lobo rapaz y sediento de sangre (M. Detienne-J. Svenbro, “Les loups au festin ou la cité impossible”, en *La cuisine du sacrifice en pays grec* [M. Detienne-J.-P. Vernant (eds.), Paris, Gallimard, 1979, pp. 215-237], un individuo que no puede formar parte de la comunidad cívica (M. Detienne, *Dionisos mis à mort*, Paris, Gallimard, 1977, pp. 143-144), un personaje, en fin, susceptible —es el caso de Edipo— de desempeñar el papel de φαρμακός (J.-P. Vernant, “Ambigüité et renversement. Sur la structure énigmatique d’*Oedipe-Roi*”, en J.-P. Vernant-P. Vidal-Naquet, *Mythe et tragédie en Grèce ancienne*, Paris, La Découverte, 1982, pp. 99-131).

<sup>76</sup> Hay, sin embargo, quien niega tal relación. Así, D. Micallella (“Amore per le Muse e potere tirannico: Ipparco nell’*Athenaion Politeia*”, *Athenaeum* LXXXVIII,

trátidas, los poetas trágicos griegos lo convierten en un personaje de sus dramas, para ilustrar los insondables designios de los dioses, los avatares de la fortuna y los límites de la condición humana y del poder. También sirve como ejemplo del gobernante que la ciudad de Atenas rechaza, y después de ella toda la tradición democrática. El tirano se transmuta, pues, en un prototipo, que, encarnándose de vez en cuando o con frecuencia a lo largo de la historia, conserva su dimensión monstruosa, pero cuya ambivalencia constitutiva hace que una y otra vez, en el andar de la literatura, los poetas —y los escritores en general— hayan quedado fascinados por él.

---

1990, pp. 77-83), basándose en un pasaje de la *Constitución de los Atenienses* que vincula al pisistrátida Hiparco con la poesía, considera que, según Aristóteles, el citado personaje no es un auténtico tirano.